

de los héroes, que despues de haber tantas veces visto la fortuna sonreir á su causa, es capaz de sacrificar hasta su reputacion militar, de arriesgar hasta su corona de gloria, por devolver á Italia su capitalidad y por salvar al mundo de la teocracia, ese hombre merece que su desgracia sea contada entre los sacrificios sublimes y su nombre registrado entre las legiones de los mártires. Yo lo veo tan grande hoy en su cautiverio como en su victoria. Parece que el génio misterioso que preside al desarrollo de la historia se goza en atormentar á todos los hombres grandes como si no hubiera grandeza posible lejos del

dolor. Garibaldi preso en esa tierra de Italia, que él ha emancipado, que él ha creado, me recuerda Colon volviendo en el fondo de un buque, por los mares antes de él inexplorados, preso en la misma tierra salida casi del fondo de su alma, y preso por los reyes á quienes habia regalado un mundo. Es la eterna triste historia del génio.

Pero debemos historiar otras escenas y otros peligros que en el mismo año 1867 habia corrido antes Francia y que mostraron el decaimiento inevitable del Imperio y la inevitable inminencia de la guerra.

CAPITULO LIV.

LA EXPOSICION Y LA GUERRA.

Es el dia 1.º de Abril de 1867. Acaba de verificarse el acontecimiento desde tanto tiempo esperado; la apertura de la Exposicion, el circo de la industria, el certámen del trabajo, donde los pueblos van á mostrar, no la rivalidad de sus fuerzas como en los campos de batalla, sino la rivalidad de su inteligencia, como en los juegos poéticos de la antigua Grecia. Es imposible no entusiasmarse en vista de las grandes obras del trabajo, de esos mundos creados por la actividad humana para vencer todas las resistencias, para hermostear toda la vida, para modelar la tierra á su imagen y semejanza, para levantar, ora por el arte, ora por la industria, ora por la ciencia, un nuevo Universo en el cual resplandezca vivamente lo que hay de más luminoso, de más grande y de más perenne, la idea que es un sol eterno, y el espíritu humano, ese eterno sacerdote que interpreta los misterios de la creacion, y que levanta á lo infinito el planeta trasformado, continuando la obra del creador en el Génesis eterno de la historia.

Cuando pensamos los obstáculos que el hom-

bre ha encontrado en su camino, y la victoria que sobre esos obstáculos ha conseguido, estamos tentados á creer en la omnipotencia del trabajo. Las aves nacieron con ricos plumajes, las fieras con fuertes pieles, nosotros desnudos; y el trabajo nos ha vestido. La abeja encuentra en su aguijon, el águila en su pico, el leon en su garra, todos los animales en los órganos proporcionados á sus funciones, los instrumentos para procurarse la vida; y el hombre ha necesitado tallar la piedra, limar y fundir el hierro, templar el acero, trasformar la materia para procurarse el sustento. Su principal facultad ha sido el trabajo. No hay animal más delicado que la criatura humana. El frio y el calor, la lluvia y la nieve, el rocío que refrigera los campos, el sol que madura los frutos, la tempestad que purifica los aires, le son dañosos; y ha necesitado por medio de la arquitectura construirse una nueva vivienda en el seno de la inclemente naturaleza: el trabajo ha sido su hogar. Y mientras los seres terrestres tienen dentro de su esfera todo su Universo, el hombre ha nacido con un de-

seo de tal suerte infinito, que en él se pierden como leves arenas arrojadas á un abismo, los mundos y los soles. Así pone como los antiguos titanes Pelion sobre Ossa, y levanta esa torre de Babel del trabajo, donde no podrán ser confundidas las lenguas, ni desorientadas las razas, porque lleva escritas en cada una de sus piedras las fórmulas de la ciencia, el eterno lenguaje de las ideas. Cuando veo la vela extendida al viento, la chimenea de hierro que dejando en los aires su penacho de humo corre por los mares y los campos; el hilo misterioso que difunde en las chispas de la electricidad la palabra humana, haciendo del relámpago el enviado del hombre; el telar que teje las vestiduras para cubrir nuestra desnudez sacando de las plantas, de los insectos y de los cuadrúpedos, hebras maravillosas empapadas en los matices del iris; el faro que corona el escollo como una estrella descendida del cielo; el escudriñador cristal que se abisma en la vía láctea y busca en la inmensidad los mundos que son como eflorescencias de una nueva vida, no puedo ménos de admirar á esta criatura humana, que á pesar de todas sus miserias, tiene las alas del pensamiento en el alma y los instrumentos del trabajo en las manos para sostenerse en lo infinito. Una fiesta del arte, de la industria, no podrá dejar de ser para mí un grande atractivo, como es para mis lectores un grande asunto. Encaminémonos al sitio donde la fiesta se celebra. El día 1.º de Abril convida con su luz y con su cielo. El ausente sol brilla en todo su esplendor como si quisiera ¡el tan escondido siempre! asociarse al espectáculo, alegrar la fiesta. Un día claro es en estos climas del Norte una verdadera excepcion, una rareza, una especie de diamante encontrado en negro estercolero, una estrella en una tempestad de sombras.

A decir verdad, el espíritu de París no está el día 1.º de Abril tan claro como el sol y como el cielo. Hay en él vivas obsesiones de

una idea fija, del engrandecimiento obtenido por Prusia que amenaza con una guerra. Y una guerra puede ser para la Exposicion como la entrada de D. Quijote en el retablo del pobre maese Pedro. Además, Prusia está provocadora y un tanto insolente. El gobierno francés creía poder inaugurar la Exposicion con una buena noticia; la de nuevas adquisiciones territoriales, como la anexion del Gran Ducado del Luxemburgo. Los franceses saben poca geografía, y por regla general viajan poco. Es fácil hacerles creer que con el Gran Ducado se tragaban media Alemania. Los estadistas de París no pueden consentir el voraz apetito de Bismark que se come reinos como la tarasca de nuestras antiguas procesiones muchachos. Y á fin de tener ellos tambien su gran día, instaban al ministro prusiano para que les dejara al ménos recoger una migaja de su festin; el Gran Ducado de Luxemburgo. Y ¡oh crueldad! en el momento mismo en que la apertura de la Exposicion se verifica, llega la noticia de que el Gran Ducado no se entrega á Francia. Y el cable submarino envia á la vez desde el Norte de América una nueva preocupacion á este París ya tan preocupado; envia la noticia de que Rusia, el gran imperio, ha cedido á la gran República todas sus posesiones en el continente americano.

Esta nueva es gravísima. En su virtud, el principio de que América es para los americanos, queda grabado hasta sobre las nieves del Polo. En su virtud el telégrafo eléctrico atravesará mares de hielo, habitados por las ballenas y alumbrados por las auroras boreales para acercar Rusia á los Estados-Únidos. Y esta union del primer Imperio y la primer República, de la primer potencia militar y la primer potencia marítima, de la nacion que ocupa el Norte de Europa y la nacion que ocupa el Norte de América, gigantes formidables que inician misteriosa civilizacion, la una en nombre de la autoridad y la otra en nombre de la libertad, casi al mismo tiempo en que manumiten sus siervos; esta

union puede ser, cuando todos los días presenta nuevas complicaciones la cuestion de Alemania, el principio de una guerra gigantesca, horrible, que abraza en sus llamas toda la tierra, que haga hervir con el fuego de los cañones el agua de todos los mares. Y si no lo tomáis á mal, puedo decir que echado á la humanidad en esos mares, saldrá tan desnuda como la gallina echada en una olla de agua caliente. Nos llamamos civilizados, tenemos circos para la exposicion de los progresos pacíficos del mundo; y en el día mismo en que tales circos se abren, como para convidar á los pueblos á una grande efusion, la guerra, ese ángel exterminador coronado de serpientes, seguido de tigres y chacales, como una vision apocalíptica, atraviesa el cielo, dando siniestros graznidos como los cuervos en campo de batalla, y blandiendo en sus manos las espadas del hambre y de la peste.

El pueblo de París se extiende en dos columnas cerradas desde la Plaza de la Concordia al Puente de Jena. Los guardias municipales de á pié, con su severo uniforme azul oscuro, y los de á caballo con su abigarrado uniforme verde, oscuro y rojo, mantienen el orden y facilitan la circulacion. Bien es verdad que no hay un pueblo más enemigo de molestar en la calle, en los espectáculos, en los paseos á los que tiene á su lado, que el pueblo francés, cuya finura ha sido en todos tiempos proverbial. La montaña del Trocadero que estaba frente al Campo de Marte, ha desaparecido, dejando en su lugar plaza á una dulce cuesta. El Puente de Jena es la principal Avenida. Desde su último arco hasta la puerta misma de la Exposicion, se elevan dos hileras de mástiles que llevan en su remate oriflomas, gallardetes, y que sostienen un inmenso toldo verde, adornado con mariposas de oro en su centro, y con guirnaldas y franjas de oro en sus orillas. El Emperador y la Emperatriz pasan bajo este toldo en sencillo carruaje descubierto, tirado por cua-

tro caballos, seguido de tres carruajes más, pero sin ninguna escolta. Ambos príncipes van muy sencillamente vestidos. En el rostro impasible del Emperador se nota alguna preocupacion. El príncipe imperial, cuya presencia estaba anunciada, no los acompaña. El príncipe Napoleon ha salido para el Havre con toda su familia. Hay en la ceremonia algo de triste que acusa la preocupacion del momento, y en el palacio algo de confuso que acusa lo prematuro de la apertura. Hay muchos invitados, pero el frac negro de rigor en Francia, aumenta la triste uniformidad del cortejo, que parecería en verdad un cortejo fúnebre, si no lo alegrasen con sus bellos tocados de varios colores las damas, que semejan una nube de mariposas volando sobre un árbol seco.

El color del edificio es otro de los graves inconvenientes que para alegrar el ánimo y divertir la vista tiene la Exposicion. El color es el resplandor de la forma, su revelacion más espléndida, el color es como el centelleo en el astro, el color es la luz de las cosas, la luz, esa alma del mundo. Se han ensayado á la vista del Emperador para dar un aspecto artístico al monumento, casi todos los colores. Se ha rechazado el blanco por frio, el rojo por caliente, el negro por triste, el amarillo por chillon, el azul por impropio; y ha quedado así, de un color de chocolate muy metido en canela, ó de un color de pimenton bastante oscuro. Despues, la forma no tiene nada de artística; es una inmensa caldera en la cual han arrojado las hadas del trabajo sus joyas, como las hadas del Macbeth arrojaban en otra caldera sus misturas. Artísticamente considerado, el palacio de la Industria no vale cosa. Sus arquitectos se defienden diciendo que á la comodidad y al orden se ha sacrificado el arte y el gusto. Cuando andais circularmente, veis todos los productos de un mismo género ó de géneros similares. Cuando andais transversalmente, veis los productos de una misma nacion. El pala-

cio, con sus edificios anejos y con sus parques y muelles, ocupa cuatrocientos sesenta mil metros cuadrados, más espacioso que muchas ciudades importantes. El circó de la Industria tiene ciento cuarenta y seis mil metros cuadrados. Los trescientos mil restantes se hallan compuestos por aquel número infinito de edificios que hay en torno de él, y por aquellos grandes jardines. Como todo anda de prisa, los jardines todavía no tienen sus flores, ni el suelo su alfombra de verdura. Sin embargo, entre estas construcciones exteriores, hay una muy romántica, á la izquierda de la gran entrada, detrás del bonito edificio levantado para descanso del Emperador. Son unas rocas graníticas amontonadas como si acabara de apagarse en ellas el fuego primitivo, la erupcion de un volcan; algunas yerbas medio secas penden de sus piedras, y un castillo arruinado se alza en su cima, de la cual cae con ímpetu y ruido un gran torrente.

Pero coneretémonos al palacio. Las galerías son nueve, que se extienden concéntricamente en torno de la elipsis central formada por un jardin cuyo suelo esmaltan varios dibujos de flores, y cuyos anchos espacios adornan grupos de grandes estátuas y surtidores de murmuradoras fuentes. Las primeras galerías, las más cercanas á la elipsis central, están destinadas á la historia del trabajo y á las bellas artes; la última, que es la más importante, la más ancha, la más elevada, que recibe la luz por ventanas abiertas en sus muros, y que tiene una plataforma desde la cual se pueden contemplar grandes segmentos de arriba á abajo, es la galería de las máquinas. Ciento setenta y seis columnas de hierro tiene esta galería, y cada una de ellas pesa doce mil kilogramos. En la parte exterior se halla el círculo que podíamos llamar de las fondas, donde se podrá comer al gusto de todas las naciones. Las sendas y caminos abiertos en el Campo de Marte, estas grandes venas de la Exposicion, puestas en línea recta, formarán

setenta y cuatro kilómetros. Indudablemente, no se puede negar á tan vasto edificio, ó mejor dicho, á tan vasto conjunto de edificios, la grandeza, y grandeza tanto más de admirar, cuanto que despues se desmontarán estas inmensas galerías, se arrancarán estas altísimas columnas, se sacarán los millones de clavos que contiene; y el hierro empleado en un palacio, que si no va á alojar á un soberano, va á alojar la eterna soberanía del trabajo, fundido de nuevo, tendrá varios destinos; tal vez sirva para acorazar algun buque prusiano ó inglés contra Francia, tal vez para fundir alguna cadena ó algun grillete contra los defensores de la libertad, contra los mártires mismos del trabajo. Pero, en fin, el edificio no merece otra calificacion que la calificacion de colosal.

¿Y esto es bastante? ¿No tiene derecho la industria á un bello alojamiento? ¿No debe revestir el templo del trabajo formas que revelen esa armonía divina, de la cual resulta la hermosura? Casualmente la Exposicion iba á resolver un gran problema intentando levantar el mayor edificio que hubieran visto los hombres y el más hermoso. Se dice que nuestro siglo industrial es enemigo del arte, que á su virilidad repugna la hermosura como repugnan los juguetes á un atleta. Si fuera así, en verdad podríamos llamarle un siglo bien desgraciado, un siglo incapaz de conocer el resplandor divino de las ideas y de las cosas; un siglo gigante, pero un gigante ciego. Yo bien conozco que cada grande época de la historia tiene á veces una direccion exclusiva y toma un solo carácter con daño de todos los demás caracteres de la vida, y desarrolla una sola facultad con mengua de todas las otras facultades del espíritu. Yo bien sé que, si un dia hubiera el juicio universal de los siglos ante el Tribunal del Eterno, bastaría al siglo décimo-nono presentar el ferro-carril y el telégrafo, los adelantos de la química para alzarse orgulloso entre los siglos. Pero cuando el siglo décimo-sexto presentara la corona de

las artes y la libertad del pensamiento; y el siglo décimo-sétimo, su filosofía genesiaca, que es como uno de los dias en la creacion del espíritu humano; y el siglo décimo-octavo, su tabla de derechos, bastaría al siglo décimo-nono, para completar estas grandes conquistas del espíritu, presentarse como un dios antiguo, montado en su locomotora, ceñida la frente de las chispas del rayo, y alzando en las manos la retorta de que se desprenden esos nuevos gases encontrados por su trabajo, esos gases que han sido como la espiritualizacion de la materia.

No parece sino que hayamos perdido el sentimiento estético. No parece sino que los descendientes de Rafael, de Miguel Angel, de Murillo, de Claudio Lorena, de Covarrubias, han bajado desde la categoría de los grandes dioses á la triste categoría de Vulcanos, armados del hierro, ennegrecidos por el carbon de piedra. Saquemos de la industria el arte, como la naturaleza en su fecundidad prodigiosa convierte el carbono en el diamante. Yo no sé qué ha sido de aquella intuicion artística que tuvieron nuestros padres. El levantar la Cúpula de San Pedro, el construir la joya de San Miguel de los Reyes, el tallar en el mármol la asombrosa figura del Moisés, el dejar en las tablas el Pasma de Sicilia, no les impidió encontrar la brújula para posesionarse de la inmensidad de los mares, y la imprenta para fijar la eternidad del pensamiento. Y casualmente en lo que más bajo hemos caido, en lo que más hemos atrasado, es en la arquitectura. En vano seria buscar hoy aquel atrevimiento con que la arquitectura gótica escalaba los cielos dibujando en lo infinito sus agujas caladas llenas de hojas, de flores, de angelillos que eran como el florecimiento del alma; en vano buscar aquellas proporciones admirables, aquellos arcos graciosos, aquellas ventanas airoasísimas, aquella cinceladura clásica de los edificios del Renacimiento, cuya vista es tan grata á los ojos como una melodía á los oidos; en vano la austera grandeza del Esco-

rial, ese sepulcro de la antigua monarquía española, que espiraba en el ascetismo, ni la pomposa grandeza de Versalles, ese sepulcro de la antigua monarquía francesa, que espiraba en la orgía; nuestras estaciones, nuestras fábricas, nuestros hoteles, son de una utilidad indudable, pero de una indudable fealdad y de una abrumadora pesadez, como si los hubiera levantado el instinto de la conservacion tan sólo, y no el pensamiento, ese grande arquitecto que, desde el Partenon de Atenas hasta la catedral de Sevilla, desde el Oriente hasta el Occidente de Europa ha dejado en monumentos una guirnalda de piedras cinceladas que serán el eterno orgullo de la historia. Yo hubiera querido, pues, que se hubiera convocado á los pueblos, no solamente para que mostraran sus maravillas artísticas é industriales, sino para mostrarles un panteon de todas las artes como la Roma antigua construyó en el Foro el panteon de todos los dioses. Yo hubiera querido que esta nacion francesa, preciada con fundamento de ser el foco donde convergen todos los rayos de la luz de nuestro siglo, hubiera resuelto en la Exposicion universal el problema gigantesco de reunir el más gran certámen que han visto los siglos en el más hermoso edificio..... Pero ¿y el tiempo? Es verdad, queremos prescindir del tiempo, y como el tiempo es una ley de la vida, todas nuestras fuerzas son efimeras, todos nuestros frutos tienen dentro el gusano de la muerte.

Desde luego el estudio de la Exposicion es un estudio importantísimo, de la mayor utilidad para todos los pueblos y de un justo orgullo para nuestro siglo. Esta Exposicion de París tiene, sobre las antiguas exposiciones, dos ventajas: primera, su universalidad, por abrazar más ramos del trabajo y más naciones; segunda, su método, por haber clasificado con más orden los productos. Pero en el dia de la apertura, y aun en los dias siguientes, de nada puede hablarse con madurez, de nada decirse un juicio con certidumbre. A la